

Viaje oficial a Dinamarca.
Brindis del Presidente del Gobierno en la cena ofrecida
por el primer ministro danés.

Copenhague, 30 de agosto de 1977

Señor Primer Ministro,

Permítame antes de nada agradecer vuestras cariñosas y sentidas palabras, la cordialidad de vuestra recepción y esta cena que me habéis ofrecido. Culmina con ello una visita desgraciadamente breve pero llena de aspectos significativos e importantes para las relaciones entre nuestros dos países. Puedo aseguraros que las conversaciones que hemos mantenido han resultado del más alto interés, y que guardo un recuerdo imborrable de la cálida acogida de que he sido objeto y de la cual punto culminante ha sido el almuerzo que su Majestad la Reina ha tenido la bondad de ofrecerme hoy mismo a bordo del yate real.

El presidente del Gobierno español visita en esta ocasión, por primera vez en la historia de España, Dinamarca, y con esta visita, de manera más que simbólica, se aproximan los extremos Norte y Sur de la Europa occidental. Y digo de manera más que simbólica porque entre España y Dinamarca se abre hoy una vía fecunda de colaboración y entendimiento sobre la base de la participación en unos ideales y en unas aspiraciones comunes, concretados en el concepto y en la filosofía de la democracia. España y Dinamarca forman hoy parte de la Comunidad occidental de naciones que pone sus esperanzas en la consecución de unas estructuras estatales y nacionales en las que, bajo diversos modos y maneras, se afirme ante todo el carácter rector de la soberanía popular y el respecto de los derechos del hombre y de las libertades fundamentales. Y al afirmar que esos principios fundamentales son los que guían la voluntad del Gobierno español, quiero también señalar que estamos profundamente convencidos de que esa base habrá de constituir punto fundamental para el asentamiento de la paz y de la justicia internacionales.

La evolución democrática que mi país felizmente ha conocido en los últimos meses, y de la que constituye la máxima expresión la consulta electora celebrada el pasado quince de junio de mil novecientos setenta y siete, nos aproxima irremediabilmente a Europa. A una Europa a la cual por tantas razones históricas, culturales y geográficas España pertenece. A una Europa que no sería adecuadamente comprensible sin en ella España no participara.

Guiados por esa convicción, España presentó en Bruselas el pasado veintiocho de julio la solicitud oficial de adhesión a las comunidades europeas. Quisiéramos que en esa presentación de la solicitud se viera ante todo el deseo firme de participación de una entidad aunque fue pensada, y sigue encontrando su mejor razón de afirmación y de expansión, desde una voluntad de integración política. No seríamos capaces de tener debidamente en cuenta los datos de la realidad si ignoráramos las dificultades institucionales o económicas con que hoy se enfrenta la integración. Pero olvidaríamos también el propósito y auténtico sentido de la idea fundacional si dijéramos el concepto de Europa y el de sus instituciones comunitarias a la de una asociación de consumidores o simplemente al resultado de la voluntad contrapuesta de los Estados individuales. Registramos la existencia de problemas, pero también registramos la posibilidad de solución.

Y España está firmemente decidida a colaborar en esa construcción europea aportando a ella su potencial económico y humano, el amplio y profundo poso de su historia y de su cultura, los horizontes ultramarinos y extraeuropeos encerrados en esa historia y en esa cultura.

Os habéis referido en vuestras palabras a un concepto que nos es especialmente querido, cual es el de España como puente con el mundo árabe. Yo diría que efectivamente eso es así. Que España puede jugar un papel determinante en facilitar el entendimiento y la cooperación entre ese mundo árabe, tan próximo por muchas razones a la sensibilidad europea, y Europa. Aún más, yo os diría, como bien sabéis, que ese papel de puente con la misma eficacia y con la misma proyección de futuro puede ser jugado por mi país con respecto al gran prometedor mundo de Iberoamérica. Con esos dos mundos nos unen lazos fraternales, y podéis estar seguro que una España sólidamente anclada en Europa sería el vehículo ideal de transmisión desde este nuestro continente hacia esas riberas tan arraigadas en nuestro conocimiento y en nuestro aprecio.

Hemos visto y apreciado en Dinamarca la existencia de una comunidad nacional fuertemente arraigada en la defensa de los ideales democráticos, ejemplo y modelo de convivencia social y de prosperidad. Dejo hoy Dinamarca con la conciencia de conocer mejor un país capaz de resolver las tensiones normales que debe sufrir toda sociedad libremente organizada en un espíritu de conciliación y de paz, y con la mirada siempre atenta a satisfacer los derechos y los intereses de los grupos que muy legítimamente hacen del mantenimiento de sus peculiaridades elementos fundamentales de su existencia. Es también nuestra voluntad el pleno reconocimiento de esas peculiaridades convencidos como estamos de que no es en la uniformidad, sino en la diversidad donde puede y debe consagrarse la unidad.

Vemos también en Dinamarca un país que nos acerca y que nos hace mejor comprender las esencias del rico mundo nórdico. Es esa realidad a la que la España democrática y su política exterior se quiere acercar en búsqueda de una solidaridad de ideales europeos que yendo más allá de los esquemas institucionales concretos de integración abarque en amplia mirada todas las realidades del continente desde el Báltico al Mediterráneo.

Señor Primer Ministro, en ese espíritu y con esas bien fundadas esperanzas permitidme que levante mi copa por la salud y prosperidad de Su Majestad la Reina, por vuestro bienestar personal y el de todos los miembros de vuestro Gabinete, por la felicidad y prosperidad del gran pueblo danés, por un futuro en justicia y en libertad para todos los pueblos de Europa.